



**Juan de los Reyes Gómez García, 81 años.**

**Marc Costa Barceló, 22 años.**

## Los nudos del franquismo

Juan Gómez García nació el 6 de enero de 1925. Juan de los Reyes, según marcó "un profesor mío en los Salesianos". "Mi nombre artístico", apostilla este rondeño de 81 años. Tiene una memoria envidiable, quizás fruto de la cincuentena de obras de teatro y cuentos que ha escrito. Le gustaría que alguna de ellas se representara en un escenario importante. Aunque, pensándolo mejor, y habida cuenta de que todos sus personajes ya han sido encarnados, preferiría que se publicara alguna de sus obras.

El día que estalló la Guerra Civil, Juan estaba viendo la película La mujer X en la plaza de toros de Ronda, el teatro de verano. Ya entonces sentía atracción por la interpretación, atracción que con los años le ha ido aproximando al mundo del teatro. Ha estado delante, encima y detrás del escenario. Hoy es profesor de formación escénica en el centro cultural OSCUS.

## Viajes de ida y vuelta

El 16 de septiembre de 1936, el ejército de Franco entró en Ronda. Bartolomé, el padre de Juan, ya llevaba dos meses cocinando para las milicias republicanas. La caída de la ciudad obligó a Bartolo, Carmen y a cinco de sus seis hijos a huir en camión hacia Málaga, capital que había resistido al levantamiento militar. Allí, los siete se instalaron en casa de la hermana de Carmen.

Juan tenía once años y su primo, "Antonio Domínguez García", trece. Inconscientes del avance de la guerra, golfearon en Málaga entre bombas, "nosotros las llamábamos pavas". Frecuentaban la playa de la Misericordia para ayudar a los pescadores "y nos daban algunos peces". Juan recuerda que "cayeron nueve pavas en un almacén y mi primo y yo fuimos a ayudar a sacar cadáveres". No encontraron ninguno, pero "cogimos una bobina, un martillo y una lima, ya ves tú", explica. Pues la madre de Antonio, cuando se enteró, mostró su contrariedad moral: "nos pegó una paliza... tuvimos que tirarlo todo. Claro, no teníamos a quién devolverlo", razona.

Pero no todo en Málaga se movía al ritmo de los Gómez García. El general Queipo de Llano conseguía penetrar en el ánimo de los malagueños a través de los mensajes que lanzaba desde Radio Sevilla. "Mañana tomaré café en la calle Marqués de Larios"; Juan vierte las palabras del militar con exactitud. Bajo sus órdenes, el coronel duque de Sevilla comenzó la ofensiva sobre la capital a mediados de enero de 1937.

Multitud de malagueños y malagueñas empezaron a abandonar sus casas el día 7 de febrero, ante la inminente invasión de la ciudad. La carretera que conecta Málaga y Almería se iba llenando de republicanos que pretendían refugiarse en la capital vecina. "¡Que vienen los moros! ¡Que vienen los moros!", retumbaban las calles de Málaga. "La toma de la ciudad sirvió de banco de pruebas para las fuerzas italianas que reforzaban el ejército franquista. Moro era todo aquél con uniforme militar", matiza el Catedrático de Historia de la Universidad Carlos III de Madrid, Ángel Bahamonde.

Juan cuenta que la gente se reunía en la Alameda, donde había camiones que cargaban a los fugitivos. Antonio propuso ir "a ver lo que hay por allí", relata, "como dos chicos que quieren aventura". La mañana del ocho de febrero, "muy temprano", él y Antonio subieron a un camión hacia "donde iba todo el mundo". Los dejó en las



afueras de Almuñécar, ciudad de la provincia de Granada. Allí se encontraron ante la tentativa de seguir andando o volver con sus familias. "Creo que fue un señor mayor el que nos dijo: hijos míos, ¿dónde vais sin vuestros padres y vuestras madres? Estarán sufriendo por vosotros", evoca.

Estaban en la carretera que conecta las ciudades de Málaga y Almería. Más de 100.000 personas (ancianos, mujeres y niños) transitaron por esta vía, flanqueada al norte por Sierra Nevada y al sur por precipicios. La aviación franquista tiroteó y bombardeó a los fugitivos, al tiempo que la fuerza naval le daba apoyo marítimo. Aquella turba formaba lo que hoy se conoce como Caravana de la muerte. Murieron entre tres mil y cinco mil personas.

Juan y Antonio decidieron regresar a Málaga con sus padres y, con tal de atajar, intentaron cruzar el monte. "Anduvimos un buen rato", rememora Juan, "teníamos mucha hambre". Recuerda que comieron "una fruta o algo" por el camino y que se perdieron hasta que llegó el crepúsculo; fue entonces cuando toparon con un pastor. "Nos llamó y nos preguntó qué hacíamos allí". Les podía alcanzar una bala perdida y las bombas sonaban cerca. "Bendito pastor", agradece con los ojos húmedos. Les dio un trozo de chorizo a cada uno, un "cacho de pan más duro que un leño que nos supo a gloria" y los tres buscaron una llanura para pasar la noche.

Por la mañana del día 9, el cabrero les aconsejó que buscaran la carretera porque "podíamos volver a perdernos. Cuando la alcanzaron les sorprendió el tráfico que había: "pasaban muchos camiones en dirección a Málaga". Antonio y Juan hacían señas para que alguno les cargara, hasta que finalmente lo consiguieron. "Estaba lleno de italianos muy simpáticos. Nos dieron una pastilla de chocolate a cada uno, una pastilla enorme de chocolate negro", se sorprende. Comieron hasta quedarse dormidos. Cuando llegaron a Málaga, les despertó "el jaleo, los gritos de la gente que recibía a los soldados, a los soldados que ganaron". Se apearon, de nuevo, en la Alameda y corrieron hacia su casa.

### **Transición a la dictadura**

El padre de Juan era cocinero. Durante la guerra, cocinó primero para los republicanos en Ronda y en Málaga; después, en el restaurante en el que había trabajado desde el 29, en Ronda. Su madre, Carmen, "ya tenía bastante con cinco hijos". El sexto, el hermano mayor, había ido a estudiar Ingeniería Industrial a Madrid. Allí debieron de reclutarlo. Avanzada la guerra, les enviaba cartas desde el hospital de Toulouse. "Nos mandaba unos escritos preciosos, pero un día llegó un sobre con fotografías que decía que estaba muerto". Uno de los sobrinos de Juan, Juan Antonio, guarda celosamente esta correspondencia.

Con Málaga recién ocupada, Carmen impulsó la idea de volver a Ronda, donde habían dejado su hogar. Cuatro meses antes, un oficial del bando franquista fijó un cartel en la entrada de la casa con la intención de impedir los saqueos. "Respetad esta casa". Era primo de Carmen, pero de nada valió. Primero la desvalijaron: "la dejaron sin puertas, sin ventanas, sin muebles, sin nada". Después, la ocuparon: "los cuatro vecinos, los cuatro conocidos". "Eso era la posguerra, el veneno que había allí", protesta Juan. Se instalaron, con otros cinco familiares, en una casa saqueada que les asignó el Ayuntamiento.

En el nuevo domicilio el niño de 12 años se sentía extraño. De noche, soñaba con el corral de su antiguo hogar, donde tantas horas había pasado con Eduardo Cabrera y Paco Sánchez, sus amigos. Antes de la guerra, los tres vestían a la hermana pequeña



de Juan para interpretar obras de teatro: "con un cacho de tela y un rincón nos bastaba". Eso, cuando no se les ocurría construir aviones con un bidón vacío y dos hélices de cartón.

Las cosas habían cambiado. Siete bocas que alimentar no eran pocas y Juan se daba cuenta. Sin que sus padres lo supieran, empezó a trabajar en un bar, "allí sentí que me hacía hombre". Un mes más tarde, un profesor de los Salesianos se preocupó de por qué hacía tanto que no iba a clase y fue a su casa a preguntar. Juan decidió no ir más: quería ganar dinero "para quitar un plato de la mesa".

Dejó el bar cuando consiguió empleo como aprendiz de un artesano de la piel. "Mis artes se despertaron aquí". Fueron los hijos de éste quienes le aconsejaron que se alistara al Frente de Juventudes. Carmen se oponía, pero Bartolo la convenció. "Había que trabajar y allí te daban zapatos, camisa, pantalones y comida. Éstas son las ataduras a las que me tuve que agarrar para sobrevivir".

Y el enrolamiento dio sus frutos: después de mucho insistir, el Frente de Juventudes le concedió una beca para ir a estudiar Artes y Oficio en Madrid. Era 1941 y Juan no quiere entrar en detalles. El caso es que mes y medio después de pisar aquella escuela estaba de vuelta a casa. "Si no hubiera habido guerra todo hubiera sido distinto", constata.

La Guerra Civil española y los primeros años de posguerra decidieron la adolescencia de Juan de los Reyes. Las condiciones que impuso la ideología franquista ataron su porvenir. Este rondeño ha trabajado hasta el hastío y lo único que pretende hoy es "vivir mi juventud, porque yo me la perdí".

En 1949, con veinticuatro años, se instaló definitivamente en Madrid. Este mismo año entró en el Centro Cultural OSCUS, que le brindó, en 2001, un "homenaje a su constancia". En esta asociación, todavía en tiempos de dictadura, "aprendí lo que es la democracia". Con todo, es sorprendente lo que Juan sabe de censura y de franquismo, nombres incluidos.

## Lo importante de la vida

A Juan no le asusta Franco, "ése ya tiene 1500 de quilos de mármol encima, ése ya no se mueve". Pero padece un extraño miedo, "miedo de que alguien que lea esto lo malinterprete. No me gustaría destruir la imagen que alguien se haya hecho de sus familiares". Es por ello que ha preferido que no se mencionara ningún apellido y que no se describieran algunas historias. "Mi madre siempre nos enseñó que a los muertos hay que respetarlos".

Juan de los Reyes es un hombre enérgico, posee una voz con una gama de tonos asombrosa y una capacidad para recitar que imbuye totalmente a su interlocutor. Para él, el ser humano ha de "ser sincero y humilde cuando hay que serlo, sentir la soberbia cuando hay que sentirla" y, por supuesto, "debe amar cuando hay que amar". Y es que hay muchas clases de amor: "el de los padres, el de la esposa, el del amigo, el del vecino...". Y eso considerando que "el amor es la mentira más grande del mundo, pero la más hermosa".

Es viudo desde 2003. "Ella me pulió, me hizo hombre". No es extraño que lamentara profundamente su fallecimiento. Tanto, que no se sintió con fuerzas hasta un año más tarde, cuando en un viaje organizado por la junta de pensionistas de San Vicente de



Paúl conoció a Miguel, quien “me quitó la manta de la depresión”. Entonces, ambos empatizaron con otro octogenario, con otro Miguel. Miguel, Juan y Miguel: “Nos hacíamos llamar Los caballeros del pañuelo rojo, ya ves tú, una tontería como otra para reclamar la atención”. Es así: se divierten.

Pero no ha llegado a la jubilación andando por un camino de rosas. No hablaremos de lo duro, porque “hay cosas a las que no quiero quitar más el polvo”; sí, en cambio, de aquello que le ha enriquecido. En su último empleo ejercía de cobrador para una institución religiosa, Hermandades del Trabajo. A pesar de lo engorroso de la tarea, ello le permitió tratar “con todo tipo de gente” y concluir que “no todos somos iguales, pero nos parecemos. La distancia social no puede interferir en nuestras relaciones: ni ricos, ni pobres, ni blancos, ni negros... eso da igual”. A su vez, este trabajo le instó a reflexionar sobre Dios. “Lo hemos creado los hombres para un bien común, una urbanidad, una convivencia”.

Decenas de libretas guardan el testimonio de Juan Gómez García desde 1942. En ellas viven las experiencias que han cultivado todas las obras, ensayos, cuentos y poemas que ha escrito. El arte, sea el dibujo, la escritura o la representación teatral, está presente en prácticamente todos los recuerdos que le hacen sentir feliz. “El teatro es como un túnel, un túnel oscuro de cuya profundidad emerge la luz”, recita ondulando levemente el brazo en el aire, el mentón elevado y la espalda erguida por completo.